

JUAN DE ECHEVARRIA

Ha muerto Juan de Echevarria nuestro pintor preferido, nuestro amigo leal, sincero, atento hasta el escrúpulo en el arte como en la vida. Mucha frialdad de ánimo nos haría falta para hablar del artista, ahora , cuando nos cuesta trabajo aceptar la idea de que el amigo a quien tanto queríamos ya no existe; pero esa primera cualidad: la atención escrupulosa, exacerbada hasta el sufrimiento, se nos aparece de pronto como la cualidad principal virtud de Echevarria hombre y Echevarria artista. La atención reiterada, incansable, cada vez más aguda , más intensa, era su fuerza. Era también, al mismo tiempo que el mayor atractivo de su obra, su acicate y su martirio.

Echevarria pudo entregarse a la felicidad- a la facilidad- por haber nacido en un medio superior, rodeado de todos los halagos de la fortuna. Prefirió luchar, hacerse a sí mismo, trabajar con ahínco, respetuoso con el deber que los hombres de alma delicada tienen de permanecer fieles a su vocación y su excepcional destino. No es ocasión aun de trazar esta semblanza. Tenemos la imagen demasiado cerca, demasiado presente y no sabríamos decir bien como vemos en la vida malograda de nuestro amigo una vida profundamente ejemplar.

Juan de Echevarria muere sin disfrutar la plenitud del triunfo. Es trágico, pero no es vulgar, no es propio del artista anodino, empezar a tener la cabeza blanca y seguir luchando como un muchacho por aspirar a más. Entre nosotros, la consagración de un grupo no da la aureola. El éxito ruidoso, las medallas de honor, los encargos, es decir, el fruto llega cuando se ha caído la flor. En algunos artistas de juventud rápida suele ser el triunfo póstumo, aunque sigan viviendo. Echevarria era de fruto tardío. Elaboración lenta, obstinada, todo lo contrario de la improvisación. Eternamente insatisfecho, de sí mismo y de la obra, pero enamorado de las posibilidades que veía dentro de ella. ¿Cómo darla por acabada? ¿Cómo soltarla de la mano?. Más sencillo le parecía borrar y comenzar otra vez. En los retratos ahondaba, ahondaba hasta el ensañamiento. Tres Barojas, tres Valle-Inclanes. El último Unamuno era el mejor. Aquellas “naturalezas muertas” con calidad y empaste de cerámica no las habría acabado nunca por su gusto. Eran obras perfectas para nosotros , pero no para su autor. Los cuadros de Juan de Echevarria, pocos en número, representan una cantidad

de esfuerzo inimaginable. La colección del futuro Museo Echevarria cabe en dos o tres salas. Sin embargo, la obra es grande a diferencia de lo que suele ocurrir al artista español.

A mediados de abril-¡fue ayer!- Echevarria mandó a CRISOL su primer artículo de colaboración sobre asuntos de arte. Por estar lleno del asunto, Echevarria habló, no ya de las “obras de vanguardia”, sino de los grandes renovadores del arte que él había aprendido a admirar en sus años de trabajo y estudio en París: Cezanne, Gauguin, Van Gogh. Espíritus abnegados, abogados al sacrificio. ¡ Que honda era la pasión del artista vasco por estos hermanos suyos, precursores, camaradas y correligionarios de la gran religión de la vida por el arte.! El caso de Van Gogh le conmovía. La miseria hoy. La gloria póstuma, mañana. “Cierto que su alma estaba templada para el sacrificio, pero el alma, como todas las cosas de este mundo, tiene su resistencia...”. Y esta frase que a tan corto plazo de la hora fatal tiene el valor de una confesión alta y honrosa: “Se podrá en arte hacer abstracción de la moral; de lo que no se puede hacerse abstracción , sin que el artista sufra las consecuencias, es de la ética”.

No. Echevarria no se entregó nunca. Otros se hubieran rendido y él se mantuvo fiel a su concepto divino del arte. Acaso de no haberlo hecho así, lo tendríamos entre nosotros y esa terrible idea da un valor único acendrado, a la pureza del recuerdo que deja en los que le queríamos y le admirábamos; mejor dicho, entre los que le queremos siempre y le admiramos como un noble ejemplo de integridad.

LUIS BELLO - CRISOL Madrid 8-7-1931